

CENTINELA.- Ella misma estaba enterrando el cadáver; ya lo sabes todo. ¿Hablo concretamente y con claridad?

S ó f o c l e s - A n t í g o n a



Se va a permitir el lector que haga de la cita que encabeza este artículo una especie de hilo de donde tirar, no sé si para salir del laberinto o para penetrar más profundamente en él. En cualquiera de los casos no es éste un medicamento cuyo prospecto esté teñido de contraindicaciones, por ello me aventuro a ingerirlo, sin apenas haberlo agitado lo suficiente.

Volvamos.

Queda claro que el cadáver ocupa en lo mío el lugar del teatro.

Ella, como las compañías:

No recuerdo cuánto tiempo hace que en las islas no surge un producto teatral digno de mantener expectante al consumidor de teatro, la verdad es que ignoro si esto tuvo alguna vez lugar. Ahora hay que decir, salvo algunas excepciones, pero se puede añadir con toda rotundidad que éstas han sido tan aisladas que no han logrado embrionar ilusión en el espectador común. No hablo de formación en los actores, directores, productores, etc., que creo que por ahí existen algunas escuelas. Digo que no existe una corresponsabilidad entre la existencia de esas escuelas (añádase a éstas toda actividad de cursos monográficos, stages, etc. programados desde algunas administraciones públicas) y las producciones. Por otro lado, los aciertos son tan aislados que nadie puede guardar durante tanto tiempo frescas las referencias y, sobre todo, no consiguen formalizar un tejido teatral mínimamente importante, (recuérdese algunas producciones que han funcionado, sin ser otra cosa que una obra de formato medio, una pequeña comedia, más o menos conseguida, y que no nos indica otra cosa que el estado ajado de la cuestión). Ciertamente es también que compañía de teatro y subvención se han constituido como binomio, hasta tal punto que trabajar con el taquillaje a veces sólo ha sido planteado por algunas compañías que buscan en ello alguna esencia del teatro. Esa cosa de que el público pague, atacando así la alegría de la clase política en su manía por hacer alquimia: votos por gratuidad. Y que ha supuesto que el público no se sienta obligado a pagar por los productos denominados culturales. Aquí faltaría un asterisco que explique que trabajar por el taquillaje sólo es reclamado por la compañía, en el caso de no tener que pagar alquiler por la sala y tener de alguna manera cubiertos los gastos de transporte, tan importantes en una plataforma archipelágica.

En ocasiones he escuchado a algunos miembros de la pro-

fesión, que han sido las propias compañías quienes han ahuyentado al público del teatro. Probablemente se han referido a que han ahuyentado al propio teatro y que el acto, ya carente de fuerza, no ha conseguido retener en la sala a los espectadores. Y de alguna manera debe ser cierto, pues el público no está reñido con el teatro. Prueba de ello es el interés que despiertan las compañías que llegan desde afuera, en el marco de los festivales, que las más desconocidas e indocumentadas logran por lo menos convocar a dos tercios de las salas. Porcentaje muy difícil de alcanzar por nuestras compañías, que buscan explicación en aquello de que el público selecciona ateniéndose a que a las compañías canarias tiene más oportunidades para ir a verlas. Cuestión no del todo cierta, si nos atenemos, por un lado, a lo difícil que le resulta a una compañía moverse por un territorio tan fragmentado y carente de espacios, y por otro, al largo tiempo que mantienen en cartel las obras. Culpa de nadie y culpa de todos. Se puede escapar de la tesitura diciendo lo de siempre “es que el público no está formado, no entiende”, aunque se podría hilar más fino y decir “es que al público no le interesa”. Como dice Adolfo Marsillach: “Hay una palpable tendencia a suponer que todos los textos que gustan a los espectadores son malos y todos los que el público rechaza son estupendos. Gracias a esta balsámica teoría sobreviven muchos de nuestros colegas y algunos ilustres ensayistas.”

El caso es que sea por el asunto que fuere, y salvo mínimas excepciones, los trabajos presentados por las compañías canarias no han interesado del todo al muy respetable que, en ocasiones, ha abandonado la sala sin plantearse otra cosa que la huida hacia mejor inversión del tiempo.

Ella, como los intelectuales:

Los intelectuales canarios, especialmente los creadores literarios, son esa especie de filósofos de sus propias obras. Crecen en un estado de aislamiento tan determinante que su obra no tendrá nunca la capacidad de conectar con los demás creadores. En este país ningún autor lee al otro y sólo tiene conciencia al escribir, por ejemplo una novela, que ha escrito la historia de la literatura. El territorio, la sociedad en la que vive, se les ha escapado. Es curioso oírlos hablar de los otros autores, sólo mencionan a los fallecidos. No hay que olvidar, por otro lado, que en este territorio sin vertebrar hasta se editan antologías de autores que no tienen resuelto siquiera el problema de acné juvenil.

Pero, huyamos de acritudes. Es muy probable que el teatro no haya estado arraigado en Canarias lo suficiente como para crear una atmósfera a su alrededor y que ésta



lograse envolver a la sociedad, obligándola a respirar de ella. Mas, no hay que olvidar que el teatro es un patrimonio humano que puede estar presente en todas las sociedades, sin que éstas tengan que avalarse en la tradición. El caso es que son muy pocos los autores literarios que se han aventurado a acometer dramaturgias, a darle a la palabra escrita su esencia de voz y pensamiento, liberarla del papel y convertirla en sangre. Tal vez la carpintería teatral sea una gran desconocida para los creadores. Ya sé que hay algunos textos de autores canarios pululando por ahí, pero no los suficientes como para poder hablar de ello en el sentido de la existencia como tal género. En definitiva, los autores canarios han dejado huérfano al teatro, o por lo menos a las compañías, que para paliar el problema han tenido que construir sus propios textos, pareciendo de esta forma que lo que veamos en escena sea casi siempre una muestra de su profesión o aprendizaje académico actoral, algo así como si en un concierto de música los intérpretes se dedicaran a hacer escalas en lugar de utilizarlas.

Ella, como la Administración:

A juicio de todos la Administración es más *Ella* que nadie. La gran enterradora, la estrábica sepultora, odiada por todos...amada por algunos. Es muy probable que jamás haya entendido que el hecho teatral existe, y que hay fórmulas para que tenga un desarrollo equilibrado y constante. Hasta ahora ha sido incapaz de dar salida a las producciones canarias, desde un campo ajeno a la exclusiva subvención. No ha sabido crear circuitos estables, atendiendo el orden archipelágico. Y todas sus fórmulas han quedado en el campo de una teorización excelente y una puesta en práctica deplorable.

Tiene la Administración el deber de crear situaciones, de hacer de urdimbre a partir de la que pueda soportarse todo el tejido cultural canario. En este país, dada la conformación de los medios de comunicación y sus fórmulas de financiación, se puede ver con claridad que cuantas más veces se aparece en la prensa menos capacidad de gestión se posee. Así tenemos que las noticias culturales son más espectaculares que los productos culturales. La Administración, pues, no ha sabido deshacerse de la parafernalia para apostar por la cordura, lo que le permitiría mayor montante económico para la actividad que debe generar.

El caso es que en teatro, la Administración, ni ha sabido potenciar la producción dramática, ni ha dado salida a las producciones, ni ha sabido exigir mayores niveles de calidad...ni ha creado criterios con los que enfrentarse al subvencionismo, a la falsa trayectoria de algunas compañías, a la obligada compra de pésimas producciones, y a un largo etcétera.

Los Compromisos:

Alguien dijo en alguna ocasión que, a las puertas del siglo XXI, no entendía cómo se podía mantener ningún tipo de compromiso. Es muy probable que todo el mal radique en este tipo de afirmaciones. Es precisamente la capacidad para adquirir compromisos lo que hace que cualquier tipo de sociedad funcione. El intelectual canario tendría que darse una vuelta por el espacio de la cultura, atendiendo a cada una de sus vertientes, comprometiéndose con algunas de ellas, sólo así tendrá elementos para el conocimiento del medio donde se desenvuelve social y culturalmente, sólo así podrá disponer de un lenguaje traductor que ayude a la comprensión a aquellos sectores humanos carentes de formación adecuada para entender la actividad cultural. El compromiso ha de surgir de la conciencia de no saberse solo, de reconocerse como un producto que es fruto de muchas cosas y muchas gentes. La factura del gregarismo no debe pasarse sólo a los desposeídos, de medios y de conocimientos.

Conclusiones:

Al único puerto que se arriba, atendiendo a las especiales características culturales canarias, es al de la continua confusión. La falta de vertebración de nuestra sociedad apenas da oportunidad para que los factores sociales y culturales se estabilicen. El teatro no puede ser un producto ajeno al problema. Padece el mismo mal que la totalidad, y sólo su existencia es defendible por los implicados directos (compañías, actores...), sus problemas no se discuten en el seno de la sociedad, prueba evidente es que apenas existe contestación ciudadana a la falta de espacios, presupuestos lógicos, programaciones, etc. El teatro, en Canarias, en definitiva, duela lo que duela, se concibe como una actividad dentro de un programa de fiestas. No podría ser de otra forma, ya que no se da oportunidad a programaciones estables, circuitos, festivales, encuentros. Y cuando se da, la *sociedad* canaria, en manos de los gestores públicos, se convierte en anfitriona "progre y culta" que recibe con los brazos abiertos a las compañías de distantes latitudes geográficas y culturales, admitiendo, eso sí, que los *grupos canarios* estén presentes, en una especie de paralelo y, sobre todo, atendiendo a la *divina* proporcionalidad provincial.

Males y vicios tenemos como si los coleccionáramos. No cabe duda que sobre la cresta de la mediocridad hemos levantado los monumentos que saludamos con toda reverencia. Estando así las cosas ¿cuál va a ser si no el panorama?

Antonio F. Martín Hormiga